

La muerte del país rural

AP photo / Alexander F. Yuan



ADRIÁN FONCILLAS

BEIJING.- Hu vive cercado por desperdicios. Literalmente. Comparte con su esposa un cuartucho con un camastro y un par de fogones a un lado del local que le sirve de chatarrería. Atiende las frecuentes visitas de vecinos que se quieren deshacer de cintas de video, revistas o juguetes viejos. Pero lo rentable, susurra, es la chatarra.

Hu es feliz en el laberinto de callejuelas del viejo Beijing. "Sólo volveré a mi pueblo cuando me jubile. Es un lugar tranquilo, sin contaminación y la comida es barata. Pero no vayas si buscas trabajo", advierte.

China, el país de la cultura rural de cinco milenios, ya cambió. Por primera vez más de la mitad de sus mil 300 millones de habitantes vive en las ciudades y no en el campo. Esto tiene consecuencias en todo el mundo: la urbanización masiva cambia los paradigmas de movilidad social y genera un acelerado crecimiento económico pero trae consigo contaminación ambiental e insuficiencia de servicios básicos, en tanto que hace aumentar el consumo de materias primas que deben comprarse en el exterior, como el cemento, el cobre o el acero.

Hu es parte del ejército de 252 millones de *mingong* o migrantes laborales que empujan la milenaria tradición agraria china a su ocaso. Por primera vez las ciudades chinas tienen ya más población que el campo: 51.3% o 690 millones en las primeras contra 48.7% o 656 millones en las segundas, según datos oficiales.

El veloz tránsito de los arrozales al cemento plantea retos superlativos en materia ambiental, de derechos laborales y servicios, que tendrán influencia en todo el mundo.

Mao venció a los nacionalistas con el apoyo de las masas rurales desfavorecidas, proclamó la República en 1949 y apenas varió el patrón agrario. La población rural bajó de 89 a 81% en las tres décadas siguientes. El éxodo empezó con la apertura económica de los ochenta. Las fábricas de la costa oriental necesitaban mano de obra barata y cientos de millones de chinos abandonaron el campo para buscar su pedazo de milagro económico. China hizo en 30 años lo que Corea del Sur o Japón en 50 y Occidente en un siglo.

Shenzhen sirve de ejemplo: una aldea de campesinos hace 30 años y hoy una megarbe ultramoderna con anchas avenidas, lujosos centros comerciales y 10 millones de habitantes que miran desacomplejados a la vecina Hong Kong.

Es sólo el principio: se espera que otros 350 millones –más que la población de Estados Unidos– sigan el mismo camino hasta 2025. Entonces 75% de los chinos serán urbanos y China habrá pasado de sus actuales 160 ciudades con más de un millón de habitantes a 221 –Europa tiene 35– según un estudio del centro de investigación McKinsey Global Institute. Un país con cinco mil años de historia habrá cambiado su fisonomía en un siglo. Es un proceso urbanizador sin precedente por su volumen y velocidad.

El mundo se juega mucho en ello. Joseph E. Stiglitz, Nobel de Economía, ha señalado la urbanización china y los avances tecnológicos en Estados Unidos como los vectores clave del siglo XXI.

"China se enfrenta a sus enormes retos en un momento en el que los anteriores enfoques para gestionar la rápida urbanización se han demostrado altamente problemáticos. China es la clave del proceso global. Si responde bien, la vida humana en el planeta tendrá un futuro más positivo. Si no, las repercusiones negativas se sentirán en todo el mundo", dice a Proceso Paul James, director del Global Cities Institute de la Universidad RMIT de Melbourne, entrevistado vía email.

Esos millones de nuevos habitantes de ciudades necesitarán viviendas, carreteras, alcantarillado... que subirán en todo

el mundo los precios globales del acero, el cobre y otros materiales. China ya utiliza 60% del cemento global.

También agravará el cuadro ambiental, ya calamitoso, por el mayor consumo de recursos del ser urbano frente al campesino. Las ciudades chinas son especialmente manirrota: su eficiencia energética es inferior a la de los países desarrollados y a la de México, Brasil e India, según un reciente estudio sobre 112 ciudades chinas elaborado por el Instituto Urbano de China.

El estudio subraya tímidas mejoras en sanidad, educación, áreas habitables o tratamiento de residuos pero dibuja un oscuro cuadro generalizado de contaminación atmosférica, cortes de electricidad y escasez de agua potable.

"Es un círculo vicioso en el que buscamos la prosperidad económica a costa de un espectacular consumo energético y de la contaminación ambiental. Es hora de despertar", declaró a la prensa local Ma Jun, director del Instituto para Asuntos Públicos y Medioambientales, quien reveló que China consume 10 veces más energía que los países desarrollados para obtener el mismo rédito económico.

La protección ambiental es uno de los pilares del "crecimiento científico" que machaconamente defiende Beijing. Está previsto que un tercio del consumo nacional en 2050 provenga de energías renovables.

Polos económicos

La urbanización ha sido capital en los últimos 30 años de lucha china contra la pobreza (300 millones de pobres menos) y lo seguirá siendo en la persecución de la supremacía económica. Para Li Keqiang,

el probable próximo primer ministro, las ciudades son el "foco estratégico" para aumentar la demanda interna, llamada a sustituir las exportaciones –demasiado sensibles a las crisis globales– en el centro del patrón económico.

China necesitará 3.14 billones de dólares (más de 40 billones de pesos) en infraestructura hasta 2020 para acomodar a los nuevos habitantes de las ciudades, según la Fundación de Desarrollo e Investigación de China. Todo resulta en ventajas económicas: en el corto plazo se creará demanda para la construcción; en el largo, los chinos consumirán más porque tendrán más. Los ingresos anuales urbanos (21 mil 870 yuanes o 44 mil 356 pesos) triplicaron el pasado año a los rurales (6 mil 977 yuanes o 14 mil 146 pesos).

Se discute, sin embargo, si la factura ambiental es asumible. Se suele aludir al actual empate técnico en emisiones de dióxido de carbono entre China y Estados Unidos, omitiendo que éste tiene la cuarta parte de habitantes que el primero.

Cada estadounidense contamina como cuatro chinos. Pero el índice chino aumenta y además su esplendor económico es un faro para el mundo en desarrollo. "Si China sigue adelante en su crecimiento dará una excusa a otros países como India o Indonesia para que también cierren la distancia contaminante –con los países desarrollados– al precio de la sustentabilidad del planeta. Cuando los chinos consuman tanto como los estadounidenses, habremos alcanzado el punto en el que el planeta será inhabitable", dice Paul James.

La ciudad tipo levantada al abrigo del milagro económico carece de la sedimentación de siglos de la europea. Son imper-

Beijing. Contrastes



Reuters/Jianan Yu

sonales, rotundamente feas, sin interés arquitectónico ni histórico. Pero la mayoría son razonablemente funcionales y ordenadas. Hay barrios con evidente pobreza, pero China es el único país en vías de desarrollo que ha evitado las grandes bolsas de marginalidad urbanas.

En las urbes chinas no hay favelas, como en Brasil, ni *slums* como en India, debido al férreo control gubernamental. Moscú, en su pretendido tránsito de gris mastodonte a megaurbe cosmopolita, mira hacia China porque no hay ciudades que crezcan hoy más y mejor que Beijing y Shanghái. En un foro internacional organizado en la capital rusa la mayor parte de los expertos invitados eran chinos.

El “hukou”

La principal arma de control es el *hukou*, un registro administrativo milenario que ata a los chinos a su lugar de origen de forma que pierden derechos como la sanidad o la educación si se desplazan. Ha evitado un trasvase incontrolado y masivo que habría sido fatal en un país de mil 300 millones de habitantes, pero también ha creado una segunda clase de ciudadanos.

La urbanización ha creado millones de puestos de trabajo para campesinos que de otra forma estarían desempleados, pero suelen tener salarios bajos, horarios largos y condiciones laborales riesgosas.

Las ciudades ofrecen dolorosos y ubi-cuos contrastes: los refinados urbanitas que vacían sus tarjetas de crédito en las tiendas y restaurantes más elitistas de los centros comerciales mientras los *mingong*, enjutos y de piel quemada por el sol, dan los últimos martillazos a la obra o devoran

sobre la acera un plato de arroz en espera de que acabe el turno y puedan descansar hacinados en un cuartucho.

El actual gobierno ha enterrado el “sálvese quien pueda” del ultraliberal Jiang Zemin con una política social más acen-tuada en los desfavorecidos. El desamparo absoluto de los *mingong* se ha ido miti-gando. Los tiempos más crudos del *hukou* han quedado atrás. Hace sólo un lustro algunos obreros aún se quemaban a lo bonzo después de que el capataz se negaba a pagarles el trabajo concluido, porque sa-bían que no podían acudir a la justicia.

La Ley del Contrato Laboral de 2008 fue el inicio.

“La conciencia de los trabajadores por sus derechos se ha incrementado en los últimos cinco años. Los casos de conflictos laborales en juicio o arbitraje se duplicaron el año de la ley y se han mantenido muy altos desde entonces. En 2010 hubo cerca de 1.2 millón de casos. En paralelo, los trabajadores cada vez toman más acciones colectivas como huelgas o nego-ciaciones de convenios con el empleador”, opina Geoff Crothall, portavoz de China Labour Bulletin, organización hongkonesa que defiende los derechos labo-rales en China, entrevistado vía *email* por este semanario.

Los avances laborales son una de las mejores y más ignoradas noticias que ha generado China en los últimos años. Son humildes medidos en términos occiden-tales y elefantiásicos en términos locales. Los chinos han asumido la explota-ción como un imperativo durante miles de años, ya fuera por un mandarín, un terrateniente o un capataz de obra. Hace un lustro era impensable una huelga

en China o un abogado invocando los de-rechos humanos en un tribunal.

“El gobierno debe asegurar el cumpli-miento integral de la ley y crear las con-diciones que permitan a los trabajadores negociar eficazmente su salario y con-diciones sin necesidad de ir a la huelga”, añade Crothall.

Una liturgia se repite hace años en la Asamblea Nacional Popular. Un aca-démico señala la necesidad de jubilar el *hukou*, el debate se aviva, los rumores se disparan, la Asamblea termina y el *hukou* sigue donde estaba. China estudia cui-dadosamente su reforma calibrando la necesidad de sacar a 250 millones de la ilegalidad con el evidente riesgo de una urbanización sin red. Algunas ciudades pequeñas y medianas han relajado en los últimos años su cumplimiento, quizá por conciencia social o quizá porque carecen de la fuerza de atracción de las grandes. El *hukou* sigue imperturbable en Beijing o en Shanghái.

Kam Wing Chan, profesor de geografía política y económica de la Universidad de Washington, opina que el *hukou* ofrece beneficios en el corto plazo y desastres en el largo, por lo que defiende una eliminación progresiva en 10 o 15 años:

Entrevistado vía *email* por Proceso, Kam afirma:

“Primero deberían obtener el *hukou* local los obreros con alta capacidad de espe-cialización y empleo regular, tanto en pe-queñas como en grandes ciudades. China los necesita desesperadamente para au-mentar la calidad de producción. A los em-pleadores les urge gente que pueda ma-nejar maquinaria más sofisticada, como demuestra la falta de mano de obra en las regiones costeras.

“Además, estos trabajadores tienen sueldos más altos y podrían ayudar a fi-nanciar servicios sociales en las ciudades. Y los trabajadores recibirían servicios de salud, cobertura de desempleo y jubila-ción y podrían llevar a sus hijos a las es-cuelas locales.”

Hace 20 años que Hu, el chatarrero, abandonó su pueblo de la provincia de Henan porque la siembra de trigo, maíz y ca-cahuates no alcanzaba para alimentar a su familia. Ha vivido en Zhengzhou, Fuzhou, Guangzhou y Beijing.

Habla con el orgullo del pionero. “Cuan-do en mi pueblo vieron que mis padres eran los que mejor comían y vestían con el dinero que les enviaba, todos me siguieron. Ahora sólo quedan niños y abuelos. Cuan-do alguien cumple 18 años se va a la ciu-dad. Mis dos hijas tienen otras chatarrerías en Beijing y mi hijo pequeño estudiará en la universidad. No hubiera conseguido nada de esto en el pueblo”. ●

Marco Antonio Cruz



“Mingongs”. Éxodo rural